
EL TRIUNFO DEL CAPITALISMO GERENCIAL



A finales del siglo XIX, entraba en crisis el capitalismo de propietarios manchesteriano que había hecho posible la Revolución Industrial. La aparición de las grandes empresas industriales como consecuencia de las innovaciones tecnológicas: ferrocarriles, electricidad, teléfonos, petróleo, etc., hizo necesario que los nuevos dirigentes empresariales comenzasen a ser reclutados entre técnicos capaces de afrontar los nuevos retos organizativos. Esta nueva forma de organización empresarial llegará a conseguir carácter científico a partir de la obra de Frederick Winslow Taylor (*The Principles of Scientific Management*).

A lo largo del siglo XX se va imponiendo una nueva clase dirigente empresarial, en la que lo importante no es detentar la propiedad de capital, sino contar con los conocimientos técnicos empresariales para conseguir que las grandes sociedades anónimas produjesen cada vez más beneficios. El ascenso de esta nueva elite tecnocrática fue favorecido tras la Segunda Guerra Mundial por la deriva hacia la aplicación de la matemática de los conocimientos económicos, *la econometría*. Pese

a que, en la mayoría de los casos, sus formulas y cuadros matemáticos, como señala el gran economista Charles P. Kindleberger, no han demostrado rigor ni utilidad, consiguen que la economía sea vista como una especie de ciencia exacta y pura, donde no pueden tener cabida peligrosas contaminaciones ideológicas. A su vez, en los años cincuenta, una

nueva corriente sociológica encabezada por Daniel Bell dio un gran apoyo a la nueva clase

tecnocrática emergente al manifestar que, debido a sus conocimientos, debían tomar ellos las riendas no sólo del poder económico sino del político.

Por otro lado, en teoría, la nueva elite tecnocrática era mucho más igualitaria, ya que es la formación y los méritos propios los que facilitan el ingreso en la nueva casta dirigente, no el origen social o la riqueza familiar como había sido habitual. En apoyo de esta idea surge, entre otras, la teoría de la inversión en capital humano de Gary S. Becker *El capital humano*. Así va surgiendo una clase dirigente empresarial que legitima su status en los profundos conocimientos técnicos conseguidos en las grandes escuelas de negocios- a las que solamente pueden acceder los hijos de las familias más pudientes, cuyo verdadero activo no son los conocimientos, sino el conjunto de relaciones familiares y personales (*capital social*) que les abren las puertas para formar

parte de esta clase dirigente-. En este sentido son muy clarificadoras las teorías del sociólogo francés Pierre Bourdieu sobre la reproducción de las elites dominantes mediante los sistemas de enseñanza y las relaciones, fruto de la acumulación de capital social.

A finales de los sesenta el historiador económico Alfred D. Chandler, en su obra *La mano visible*, da carta de naturaleza a esta nueva clase de capitalismo gerencial. También durante esta época se comienza a constatar que esa nueva elite gerencial que dirige las empresas persigue más sus objetivos personales que los de rentabilidad y beneficios de los propietarios del capital. Esta elite gerencial, en simbiosis y connivencia con la universitaria, creará toda una teoría para estimular la lealtad de los gerentes a los intereses de los detentadores del capital (La Teoría de la Agencia). Los gerentes no sólo cobrarán un salario muy por encima del resto de los empleados sino que su actividad, tan importante, debe ser compensada con nuevas fórmulas participativas basadas no tanto en los beneficios repartidos al capital sino en su revalorización bursátil (Opciones sobre acciones o Bonus, etc.).

Paralelamente a todo este proceso, y como consecuencia de las ingentes necesidades de capitales que precisan las grandes corporaciones surgidas en el denominado capitalismo monopolista, la detentación de la propiedad del capital se va a democratizar. Por una parte, las clases obreras, que en los años sesenta y principios de los setenta han mejorado sustancialmente sus condiciones de vida en los países desarrollados, comienzan a disponer de pequeños ahorros que, alentados por los bancos, van invirtiendo en el mercado de capitales a través de las nuevas fórmulas de inversiones colectivas (Fondos de Inversión o Sociedades de Inversión Colectiva).

Por otro lado, la crisis de los setenta socava los fundamentos de la teoría económica intervencionista keynesiana que, tras la Segunda Guerra Mundial, había servido de armazón teórico para el Estado del Bienestar implantado en la mayoría de los países desarrollados. Así, frente a los defensores del Estado del Bienestar, surgen en los años setenta dos corrientes antagónicas pero que se complementan para atracar los fundamentos del Estado del Bienestar: por un parte, la corriente marxista encabezada por James O' Connor e Ian Gough que advierten de la inevitable quiebra del Estado del Bienestar; por otra, una corriente de pensamiento ultraliberal, capitaneada por Friedrich A. Hayek y Milton Friedman, que exigen mayor abstención del Estado en los asuntos económicos, dejando a las teóricas fuerzas del mercado que se autorregulen. Esto trajo como consecuencia que los sistemas de previsión social pública unificados, desarrollados en la mayoría de los países occidentales, según los postulados de William Beveridge, fuesen considerados como inviables por una gran parte de la poderosa *Inteligencia Económica*. De modo que, a partir de los años 80, a la vez que se van desmontando los sistemas de previsión pública distributiva, se va fomentado desde el propio Estado, un sistema privado de pensiones paralelo a través de los fondos de pensiones, los fondos mutuales, los seguros de jubilación, etc. Los trabajadores y la ciudadanía en general se verán obligados a ahorrar y poner a disposición de estas instituciones de previsión privada una cantidad ingente de capitales. Estos capitales, sin ningún tipo de límite y control, ya que pertenecen a una gran cantidad de ciudadanos, se ponen a disposición de esta nueva clase gerencial, de estos nuevos ejecutivos agresivos, quienes, gracias a sus conocimientos, son capaces de conseguir una buena rentabilidad de los capitales.

Así, surge una nueva clase capitalista gerencial que no detenta la propiedad de capital, ni le interesa para nada detentarla, pues la propiedad del capital significa riesgo y lo mejor es que el riesgo lo asuman otros. Lo que sí detentan, atesoran y acumulan es capital social, una amplia red de relaciones y contactos sociales y políticos que les sirven para ser nombrados Directores, Gerentes o un sin fin de cargos, muchos de ellos ficticios, desde los que gestionar el capital de los demás en beneficio propio.

Esta nueva clase gerencial, en lugar de aplicarse en retribuir el capital, lo que hace es revalorizar el capital bursátil de la empresa mediante mil y una artimañas que eufemísticamente han denominado con el ampuloso nombre de Ingeniería Financiera. En la mayoría de los casos son simples estafas (WorldCom, Enron, Arthur Andersen, Parmalta, entre otros), pues lo que buscan es conseguir el máximo de dinero mediante sus Bonus o sus Opciones sobre Acciones que, al tener información privilegiada sobre la verdadera empresa, siempre venden en el momento más beneficioso.

La nueva clase gerencial ha conseguido imponer una nueva filosofía económico-empresarial que se basa en la siguiente premisa: bajas retribuciones para los trabajadores e inversores y altas retribuciones para nosotros que somos los únicos capaces de multiplicar el valor de las acciones en un periodo corto. Esta forma de actuar es, como bien se ha demostrado, contraria a los intereses del inversor a largo plazo, que desea una rentabilidad así como que aumente el valor de sus capitales sobre unos fundamentos empresariales sólidos; esto beneficia a los especuladores que solamente pretenden un aumento del valor a corto plazo, aunque sea ficticio o espurio, para obtener rápidos beneficios con la venta del capital.

Esta nueva forma de gestión a corto plazo para obtener rápidos beneficios se ha impuesto de tal modo que, como reconocen la mayoría de los analistas, fue una de las causas de la *gran depresión* que nos toca vivir.

En el año 2008, en plena crisis financiera, era un pensamiento muy generalizado el de que había que acabar con el poder casi omnímodo que había acumulado en las empresas e instituciones financieras esta nueva elite económica que solamente pensaba en su beneficio. Parecía que la sociedad y los poderes públicos estaban de acuerdo en, como dijo un político muy famoso, refundar el capitalismo. Dos años después del cataclismo económico, la elite económico-financiera se ha repuesto del primer golpe y retomando el control del entramado económico, vuelve a esgrimir su gran dogma: Todos debéis sacrificaros, menos nosotros, que tenemos derecho a un trato preferencial como sumos sacerdotes y únicos capaces de interpretar fielmente las sagradas escritura económicas.

Luis Aurelio González Prieto

Revista Atlántica XXII.
Noviembre 10, nº11